



Uno de los dibujos de desnudos femeninos del artista gaditano Diego Gadir, con su mujer, Rosa, como musa y modelo.

LA MIRADA DESATADA

MANUEL MATEO PÉREZ

arrugadas.

Diego Gadir es el único pintor capaz de invitarnos a huir de su exposición para hacer el amor con la mujer a la que deseamos. No tenemos en España un pintor más sensorial y sensitivo. Sus lienzos son en realidad la metáfora de la piel en la que queremos empadronarnos, el lugar donde rellenar todos los formularios necesarios para pedir un asilo político permanente e imperecedero.

Algunos han visto en él, en especial en sus primeros cuadros, el aliento de Egon Schiele. Pero no hay en ellos más que la influencia de los primeros trazos, la ruta que el lápiz ha de iniciar en la rugosidad del papel, la primera enseñanza del dibujo que

No me gusta ver a Rosa vestida.

La prefiero desnuda y perezosa sobre la cama, con sus pechos grandes y su sexo abierto, leyendo un libro o retozando

Diego Gadir es el único pintor capaz de invitarnos a huir de su exposición para hacer el amor con la mujer a quien deseamos. No hay en España otro más sensorial

es un territorio iniciático y original desde el que florece la pintura. Schiele era un enfermo, un esquizofrénico, un narciso gris y un pederasta, y sus geniales desnudos están poblados de esos sudores y esas dobleces.

Por el contrario, en los desnudos de Gadir no hay esquizofrenia alguna. El sexo en

ENSAYO SOBRE EL DESNUDO

La pintura del artista gaditano Diego Gadir está poblada de curvas y de precipicios. En sus desnudos habita a un tiempo la desinhibición de un barroco superado y el peso de la tradición. Gadir es un pintor enfático, poderoso, carnal. Sus cuadros nos tientan a la proximidad y la caricia. Estos días prepara exposición para varios países de Europa y una nueva colección de grandes telas para Madrid y Barcelona.

¿Lucian Freud o Francis Bacon? «Bacon, claro. Bacon es la revolución. Bacon es la ruptura, el antes y el después. Desde que Velázquez pintó *Inocencio X* ningún artista fue capaz de deconstruir aquel cuadro. Bacon sí lo hizo. Y no pintó un cuadro, sino toda una serie».

Diego Gadir gesticula con grandes aspavientos frente a *Retrato de George Dyer en un espejo* (1968), expuesto en la Fundación Caja Madrid, en la muestra que hace ahora un año compartió aquella sala de la plaza de San Martín de Madrid con el Museo Thyssen. A Gadir la pintura de Bacon le enaltece y le enferma como el aire en la pintura de Velázquez. A su lado está su amigo pintor David Padilla, que defiende los retratos de Lucian Freud como una prolongación plástica de los ensayos teóricos que escribió su tío Sigmund. Pero a Gadir le enerva que le lleven la contraria y pontifica a Bacon como el único pintor merecedor de adorarlo en un altar o de hacerle una procesión con flores barrocas y andaluzas.

Aquella visita fue hace un año, pero la noche de antes asistimos a la inauguración de la antológica que el pintor gaditano inauguraba en Casa de Vacas, en el Retiro de Madrid. En las rejas del parque la organización había colocado tótems con el nombre en grande del pintor y un fragmento de uno de los desnudos que Gadir viene haciendo de Rosa, de su mujer, desde que la conoció y se acostó con ella. Los cuadros de Casa de Vacas eran obras de series distintas, de tiempos diversos por los que el

pintor ha ido pasando. Era emocionante hallarse frente a los dibujos de la serie *Un drama japonés*, inspirados en la película *Rashomon* de Kurosawa, o ante los cartelones pop, americanos, descarados, explícitos y carnales conocidos como *Gadir after Delvaux*, pertenecientes a The Fairplay Contemporary Art Collection. En la sala mayor colgaban los bodegones, los paisajes y los desnudos que simbolizan el carácter íntimo del artista, y muy próximos a

ellos doce lienzos formando una cruz en los que se ve a Rosa y a su hijo abrazados y sosteniendo una rama con flores rojas y un título que dice *La fe trepadora*. Yo sigo sosteniendo que el pintor gaditano sólo se pone amanerado cuando le da por pintar cruces y lienzos de argumento espiritual. A mí no me gusta ver a Rosa vestida. La prefiero desnuda y perezosa sobre la cama, con sus pechos grandes y su sexo abierto, leyendo un libro o retozando entre las sábanas

EL LIBRO

► **'MI NUEVA YORK', DE BRENDAN BEHAN.** Poeta, militante y borrachín. El irlandés Brendan Behan lo tenía todo para sorber la vida como hacía con los whiskis de malta que le acercaban al *delirium tremens*. Su libro *Mi Nueva York* ha sido reeditado por Marbot Ediciones para bien de los que amamos la ciudad más excitante del mundo y la prosa afilada, conversadora y aguda de un autor al que Augusto Monterroso enaltecía sus escritos «como momentos de máxima felicidad».



EL DISCO

► **'AN ANCIENT MUSE', DE LOREENA McKENNITT.** Blanca tiene los ojos del color del atardecer azulado y otoñal de la Alhambra. Y Loreena McKennitt la voz de las musas que habitan secretamente el gran palacio nazarí. Hace un par de años en el palacio de Carlos V y en el teatro del Generalife, la intérprete canadiense ofreció tres conciertos en los que grabó en directo temas de su disco *An ancient muse*. Meses después salió publicado este disco y un DVD de aquellas citas.



ellos es un viaje al goce, un ejercicio de diletantismo salpicado por las sonrisas, los gemidos, las humedades y el diálogo entre los cuerpos. En los desnudos de Gadir no existe el sentimiento de la culpa que sí habita en otros de sus cuadros. En sus desnudos no hay pecado ni purgatorio que nos espere. A mí me recuerdan la incitación con la que nos llaman las mujeres de Julio Romero de Torres, en especial el tríptico que forman los cuadros titulados *El Pecado*, *Entre dos Sendas* y *La Gracia*, pintados entre 1914 y 1915, en la puerta de salida de su etapa de modernismo azul y etéreo.

En ninguno de aquellos tres lienzos las mujeres desnudas que se tienden frente a nosotros muestran gesto alguno de arrepentimiento y sí una mirada que nos invita a acariciarles sus pechos y sus redondos y amielados culos. Con los desnudos de Gadir nos ocurre lo mismo.

Pero más allá de las fronteras del deseo nos enfrentamos en esas obras con una lectura política, dual, revuelta, porque de un lado tenemos la sensación de que el pintor desea romper con las cuerdas del barroco, y por otro nos encontramos de bruces con los pilares de hormigón de esta filosofía con la que todos hemos crecido para suerte y desgracia nuestra. En ese desequilibrio habitan a un tiempo la ternura en la mirada de las mujeres de Gadir y el gesto duro, musculoso, tensionado de los cuerpos de ellos que son como cristos esperando la expiración que les conduzca a la muerte.

El pintor Diego Gadir anda estos días encerrado en su estudio de Sanlúcar de Barrameda, frente a la desembocadura del Guadalquivir. Prepara exposición en varios países de Europa y una nueva serie de cuadros para Madrid y Barcelona. Yo sospecho que cada mañana se acerca a un mirador desde donde se divisa el océano con el deseo escondido de que el Atlántico deje de ser horizontal y toma las formas de la mujer a la que desea. Así que mucha atención, porque cualquier día de estos, en uno de sus cuadros, Gadir nos demuestra que el mar no es plano sino curvoso y precipitado como la redondez de una teta.